

El miedo a las masas

Rolando Cordera Campos

Hace muchos años que los dirigentes del Estado mexicano perdieron la confianza en su capacidad de liderazgo y organización de las masas populares. En vez de ella, quisieron usar primero los recursos públicos para legitimar sus repetidos intentos de manipulación y encuadramiento de los sectores populares, pero la debilidad secular del fisco mexicano puso coto a esos excesos y las crisis que siguieron hicieron que todo contacto fiscal del Estado con las masas fuera considerado mala palabra y hoy pecado capital.

Se hicieron repetidos intentos por renovar los mecanismos clásicos de comunicación y control de las masas populares desde el poder, como con Coplamar y Solidaridad, pero no se tradujeron en una nueva estructura institucional de participación que le diera solidez y legitimidad a esos intentos. Fue imposible asumir en toda su importancia el hecho fundamental de estos años, la diversificación de los grupos populares, su urbanización y la decisión de muchos de sus contingentes de dejar de ser "sector para volverse ciudadanos.

Los primeros en oponerse a los proyectos de recreación del diálogo Estado-masas, fueron los priistas y algunos miembros del propio grupo gobernante, porque veían en dichos proyectos un peligro para sus carreras y perspectivas de ascenso político basadas en sus habilidades de control, manipulación y simulación de demandas y reclamos de las bases sociales. La brecha entre el estado y las masas se presentó como virtud.

Reconvertido el populismo en exorcismo, en enemigo malo de la racionalidad moderna apenas descubierta, se optó por olvidarse de las masas, de su organización y movilización en las nuevas condiciones sociales, y gobernantes y aspirantes a serlo se regodearon en el autoengaño. Con el fin del autoritarismo las masas se desvanecieron y el individuo se adueñó de la escena. Con la democracia esta ilusión se hizo credo.

La falta de Estado, de derecho o de hecho, se hace evidente a medida que la lucha por el poder se apodera de lo que queda de la imaginación política nacional. El descarrilamiento es múltiple y lo ocurrido en los últimos días en materia presupuestal es sólo una muestra de que el país no cuenta más con un centro que lo sostenga y dé sentido a lo demás. La cascada de declaraciones presidenciales sobre nuestra fortaleza económica, contrasta con la catarata de diagnósticos domésticos y foráneos sobre nuestra debilidad política y la contaminación inevitable de la economía que esta debilidad propiciará tarde o temprano. La incomunicación del Estado con las masas, que viene de muy atrás, se vuelve ahora pleito de barandilla entre los poderes constituidos y abajo se baila la danza de la muerte.

El espectáculo del más reciente linchamiento en la periferia de la capital es escalofriante, y la danza de excusas y desafanes oficiales lo ha vuelto grotesco. Los mandos policíacos llevaron al absurdo sus pretextos logísticos pero los responsables políticos no se quedaron atrás e hicieron su aporte a la banalización de la violencia, que no puede resultar sino en la barbarización de la política. Lo que sobresale de todo esto, es la inexistencia de sensibilidad moral y social en las cúpulas estatales, en el gobierno federal o las cámaras, en el gobierno de la capital y su asamblea, pero también en los

medios que aporrean la conciencia pública pero no le ofrecen alternativa alguna para una reflexión obligada y urgente sobre lo que pasa y nos pasa. Todo se quiere ver como ganancia de pescadores. Lo único que resalta es la valiente indignación de los policías preventivos.

Como eslabones envenenados de una cadena infernal, de Tláhuac pasamos a Guerrero o a los mercados ilegales de Monterrey para aterrizar en el asesinato múltiple de Cancún. La variedad es tal, que todo intento de correlación se antoja pueril. No es la pobreza como tal lo que puede explicar este torbellino de violencia y muerte, pero tampoco lo es la “cultura” del mexicano que desdeña la ley o el derecho. En los hechos, se desprecia la vida de los demás y se procede a su liquidación, pero esto no puede ser sino la punta enrojecida de un iceberg de horror.

La reflexión política es indispensable, pero no tendrá mayor efecto si los que la llevamos a cabo nos negamos a reconocer la indispensable dimensión moral que dicha reflexión requiere para dar lugar a un nuevo orden democrático. El miedo a las masas se volvió descuido y desprecio oligárquico y ahora topamos todos con un miedo **de** las masas a todo lo que huelga a orden.

No sirve de nada naturalizar esos temores y entenderlos como expresiones lineales de la injusticia social o el abuso represivo. Una sociedad de masas no es, por último, una constelación de turbas. La primera puede superar el miedo y la incertidumbre si se asume como tal y procede a construir un Estado democrático, donde la organización de masas tiene un lugar. Las segundas sólo pueden desembocar en la ley del más fuerte, alimentada por la violencia recurrente y el nihilismo de sus más jóvenes. Donde el único papel lo tiene la capacidad de fuego. Hay que suponer que tenemos tiempo...pero.